

y duermo allí, porque quiero llegar lo más despierto posible al país, con los poros bien abiertos. A mi entrada se suma el regreso, desde Buenos Aires a Montevideo, de varios trabajadores culturales, entre quienes retorna ese gran hombre de teatro latinoamericano que fue Atahualpa del Cioppo. Lo recuerdo con mucho cariño. Y posteriormente le pude agradecer en persona, el hecho de que, no pensando políticamente igual que yo en los matices de la izquierda, fue una de las personas de su partido que se movió reclamando por mi libertad cuando estuve preso en el 72. También supe de los esfuerzos del escritor Milton Schinca, del actor Alberto Candéau, del escultor Germán Cabrera, agrupados para apoyarme en aquel difícil momento. Vos también ayudaste, Mario, en aquel acto, con tu discurso solidario. Y mucha otra gente a la que agradezco, como a los estudiantes que manifestaron muy cerca de Jefatura reclamando por mi libertad.

– *¿Y esa travesía del retorno, ese viaje en sí mismo, cómo lo viviste?*

– Ya la partida de Buenos Aires fue algo intenso. En Aeroparque nos saludó nuestra actriz China Zorrilla. Me acuerdo de su simpatía con mi hija Trilce, al verla, con sus tres años, sentadita sobre el estuche de mi guitarra. Bueno, el viaje a Montevideo fue emocionante. Y encima, en un momento dado, el piloto me manda llamar a la cabina y me comenta que va a hacer una ruta que no es la clásica, pero que está pidiendo autorización para hacerla, porque se ve mejor la ciudad, y me deja estar al lado suyo. Así que imagínate lo que fue eso... Viajaba con nosotros, en su función de abogado, el Dr. Hugo Batalla que había venido de Montevideo a buscarnos. Y bueno, la llegada al aeropuerto de Carrasco, la cantidad de gente que nos esperaba; saliendo del avión ya fuimos caminando hacia la salida del aeropuerto, y allí se mezclaban familia, amigos, compañeros; todas experiencias de emoción que ya habían vivido, cada uno por su lado, Alfredo Zitarrosa y Los Olimareños, que habían podido entrar antes. De allí fuimos en ómnibus, con una larga caravana de autos por la Rambla, donde cada esquina era como un río de gentes que llegaban con banderas; y uno se preguntaba dónde habían estado escondidas todos esos años, porque había banderas rojas, banderas rojinegras, imágenes del Che, muchas veces sostenidas por adolescentes, hasta por

niños. Era una cosa muy impresionante, y también los veteranos, que venían allí quién sabe con cuántas marcas en el alma y en el cuerpo. Yo tenía conciencia de que era uno de los adelantados en los regresos, éramos un símbolo de los que todavía no podían volver normalmente al país. Por eso se formó esa larga caravana, lenta pero tenaz, donde de pronto yo asomaba la mano por la ventana y encontraba un compañero de escuela que me saludaba, otros compañeros que me mostraban tapas de algún disco mío que habían escondido durante la dictadura, alumnos de guitarra, gente del NEMUS, del TUMP (Taller Uruguayo de Música Popular), y tanta gente amiga, tantos recuerdos. Mi hija Trilee, en brazos de Annie, su madre, ante tantas emociones al rato se durmió, pero yo quería imaginarme que ella estaba soñando algo lindo, porque era muy fuerte el retorno. Después de ahí llegamos al local de AEBU, al sindicato de los empleados bancarios, donde hubo una conferencia de prensa, con el recordado Rubén Castillo como coordinador. Era una situación compleja también, porque, claro, todavía estaba la dictadura y era difícil ubicarse, viniendo de afuera, dentro del país real de entonces. Uno venía de la facilidad de poder hablar y expresarse, así que hubo que entrar como en otra frecuencia, pero los que volvíamos logramos decir ciertas cosas: Atahualpa, los cineastas Walter Tournier y Mario Jacob, el director de teatro Omar Grasso, los actores Adela Gleijer y Juan Manuel Tenuta, y el crítico Gerardo Fernández. De allí, ya individualmente, yo tenía mi compromiso personal del concierto. Entonces me fui a descansar un rato a casa de Miguel López, otro miembro del grupo Rumbo que también había colaborado en la organización de mi retorno. Después fui al Estadio Franzini y recuerdo que a la entrada tuve que atravesar toda la cancha hasta llegar a donde estaba el hermoso escenario que habían levantado. El acto lo hicimos en apoyo al PIT-CNT –la nueva Central de Trabajadores– y a la ASCEEP, que era la nueva versión gremial de la Federación de Estudiantes. Entonces hubo que atravesar aquella masa humana: había gente en la cancha y en las tribunas. Ya era de noche, y camino entre las luces, las banderas, los cánticos, las consignas, fue una cosa... Para mí ese recital fue sin ninguna duda el más fuerte de toda mi vida. Y después los encuentros: yo estaba cantando y de repente subió a saludar la inolvidable Tota Quinte-

ros, madre de Elena Quinteros, la maestra uruguaya secuestrada cuando quería refugiarse en la Embajada de Venezuela, y luego desaparecida. También recuerdo la presencia del dirigente histórico del Frente Amplio, el general Líber Seregni, que también vino al estadio, acompañado del arquitecto Mariano Arana, que sería futuro candidato a Intendente por el Frente Amplio. Y los abrazos con tanta gente compañera, mientras dentro de todos nosotros, sentíamos como realidad no visible a los rehenes y las rehenes, a las presas y los presos, que continuaban en las cárceles. Parece increíble. Sabemos todo eso, pero te lo cuento pensando en los más jóvenes ahora. Bueno, se desbordó el Estadio de Defensor y entonces hubo que decidir hacer otro recital rápidamente y anunciarlo para el otro día en la misma cancha, para la gente que no había podido entrar. Algunas imágenes fueron captadas y conservadas por jóvenes camarógrafos como la hija de unos amigos, Adriana Nartallo, y Fernando da Rosa. El del día siguiente fue un recital diurno, para que pudieran venir más niños. Allí me encuentro con alguien que se había cruzado conmigo en los actos solidarios en Europa y que me plantea ir a cantar a la ciudad de Paso de los Toros, de donde él era oriundo, como tú también, Mario. Y entonces, cuando me dice eso, yo no lo puedo creer, porque en el Uruguay profundo y con la dictadura todavía ahí... y le pregunto: «¿pero te parece posible?» Y él me responde: «Sí, sí, lo hacemos, Daniel, lo hacemos». Allí hay la posibilidad de realizarlo en un local cerrado, grande. Viajamos bajo una lluvia tremenda que nos hizo ir más lento por la carretera y llegar tarde a Paso de los Toros. Y cuando yo entro, siento a todo el público que estaba ahí –el local estaba lleno– gritando: «¡Se va a acabar!, ¡se va a acabar... la dictadura militar!» Aquello era fuertísimo. En esa ocasión estuve alojado en casa de gente solidaria que tenía un establecimiento de campo cerca de la ciudad y cuando me despierto, a la mañana siguiente, veo unos muros allá a unas cuadras y digo: «¿Y eso qué es?» Y me dicen: «Eso es el cuartel de Paso de los Toros», donde, entre los presos políticos, se había sabido de la presencia de rehenes que habían estado allí, totalmente aislados.

– *Después de esos pasos iniciales, después del Franzini y de Paso de los Toros, te fuiste reencontrando con la vida cotidiana de Montevideo...*